

ESPIRITUALIDAD DESDE UNA ECOLOGÍA INTEGRAL



“LAS CONVICCIONES DE FE OFRECEN A LOS CRISTIANOS, Y EN PARTE TAMBIÉN A LOS OTROS CREYENTES, GRANDES MOTIVACIONES PARA EL CUIDADO DE LA NATURALEZA Y DE LOS HERMANOS Y HERMANAS MÁS FRÁGILES” LAUDATTO SI 64.

ESPACIO VERDE. ENRÉDATE POR EL CUIDADO
DE LA CASA COMÚN

Muchos se preguntarán qué tiene que ver la espiritualidad con la ecología y con el cuidado del planeta. Aunque la respuesta está ya en el Génesis, donde se relata que todo lo que nos rodea es un regalo y que somos, junto a todo lo creado, expresión de la bondad de Dios, en la encíclica Laudato si del Papa Francisco, se desarrolla todo un proyecto que invita al cuidado de la casa común que se fundamenta en la fe en un Dios creador y cuidador de todo. Invitamos a la lectura reposada y en profundidad de la encíclica que hace un análisis pormenorizado de los problemas ambientales actuales, confirma que no hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino que todo está conectado y sugiere unas líneas de solución que implican devolver la dignidad a los excluidos, combatir la pobreza y cuidar la naturaleza.

http://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html

Para acercarnos a un análisis más pormenorizado de la encíclica y a lo que es una ecología integral, sugerimos el cuaderno de Cristianismo y Justicia titulado "Hacia una ecología integral", del que dejamos un extracto a continuación que sirva de aperitivo a su lectura, muy recomendable.



<https://www.cristianismeijusticia.net/es/hacia-una-ecologia-integral>

En este enlace se puede descargar el texto o el podcast para escuchar su lectura.

“La primera aproximación a la problemática medioambiental que plantea el papa Francisco muestra que no es algo que se pueda resolver de manera superficial sin tocar el ámbito más profundo de la persona. No se puede confiar en que la técnica lo solucione todo o en que las generaciones siguientes se espabilen para vivir en un mundo que, sin duda alguna, les dejaremos degradado y empobrecido. Esto solo paliaría los síntomas, pero no iría a la raíz del problema. No sería suficiente para resolver un reto de la magnitud del que tenemos. Por ello, el Papa plantea una meta ciertamente ambiciosa: no se trata de dar soluciones técnicas, sino de lograr «un cambio del ser humano».

Y este cambio, ¿hacia dónde apunta? En primer lugar, **hacia un cambio de enfoque en la relación de uno mismo con los demás y con el mundo**: se trata de «pasar del consumo al sacrificio, de la avidez a la generosidad [...], con una ascesis que “significa aprender a dar”» [9]. Se trata, en definitiva, de una revolución interior, de un giro copernicano del corazón: el centro no soy yo con mis ansias de tener, de comprar, de acumular, sino los otros; y no debo ver tanto lo que puedo recibir de ellos, sino lo que puedo yo ofrecer. En segundo lugar, en la misma línea, pero dando otro giro de tuerca para ganar más profundidad, se trata de **aprender a amar de otra manera; es decir, de aprender y descubrir «un [nuevo] modo de amar, de pasar poco a poco de lo que yo quiero a lo que necesita el mundo de Dios**»; se trata de agrandar el corazón y dejar, así, de vivir en el país del miedo, de dejar de buscar las propias seguridades y las actitudes autocentradas, para entrar en otro territorio: el del amor que tiene los ojos abiertos, que mira con afecto y se deja interpelar por ese «mundo de Dios» que me rodea y que me llama a un compromiso por sus necesidades. Y en tercer lugar, ahondando todavía en esta mirada renovada de la que hablamos, el Papa nos invita a contemplar la realidad más profundamente: **«es nuestra humilde convicción que lo divino y lo humano se encuentran en el más pequeño detalle contenido en los vestidos sin costuras de la creación de Dios**, hasta en el último grano de polvo de nuestro planeta» [9]. En otras palabras, se trata de percatarse, como diré más adelante, de que «las distintas criaturas, queridas en su ser propio, reflejan, cada una a su manera, un rayo de la sabiduría y de la bondad infinitas de Dios. Por esto, el hombre debe respetar la bondad propia de cada criatura» [69]. Todo ello son ecos del precioso texto del Libro de la Sabiduría que recuerda, en diálogo orante con Dios, que «Amas a todos los seres y no aborreces nada de lo que has hecho; si hubieras odiado alguna cosa, no la habrías creado» (Sab 11,24).

Nada puede subsistir si no es acompañado por el impulso vivificador de ese Dios creador y dador de vida. La vida humana está dotada de una dignidad todavía mayor: no es simplemente un don recibido, sino también una responsabilidad encomendada. A modo de conclusión para la vida concreta de las personas, tenemos una frase llamativa que nos recuerda que sí, que la vida tiene un sentido, que está sostenida por una esperanza honda. «¡Qué maravillosa certeza es que la vida de cada persona no se pierde en un desesperante caos, en un mundo regido por la pura casualidad o por ciclos que se repiten sin sentido! El Creador puede decir a cada uno de nosotros: “Antes que te formarás en el seno de tu madre, yo te conocía” (Jr 1,5)» [65]. Se trata, pues, de entrar en una conciencia honda en la que la realidad, toda ella, es amada por el Creador y en la que la vida humana está dotada de una dignidad todavía mayor: no es simplemente un don recibido, sino también una responsabilidad encomendada, como veremos más adelante.”